

SAUDADE

Aimée González Bolaños (Cienfuegos, 1943). Doctorado, Universidad de Rostock, Alemania y postdoctorado en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Fue profesora de la Universidad Central de Las Villas y editora de la revista *Islas* de 1968 a 1997. Reside en Brasil desde 1997, donde es profesora de Literatura de la Universidad Federal do Rio Grande. **Poesía:** *El Libro de Maat* (2002), *Las Otras (Antología mínima del Silencio)* (2004) y *Layla y Machnún, el amor verdadero* (2006, en colaboración con Emilio Ballesteros). **Crítica y ensayo:** *La narrativa de Félix Pita Rodríguez* (1985), *Pensar la narrativa* (2002), *Poesía insular de signo Infinito. Una lectura de poetas cubanas de la diáspora* (2008). Ha prologado la obra de Félix Pita Rodríguez: *Poesía y Prosa* (1978) y *La pipa de cerezo y otros cuentos* (1987). También *Cambalache* (2005) de María José Mures, *Otro fuego a liturgia* (2007) de Alina Galliano y *A Mapmaker's Diary* (2007) de Carlota Caufield.

¿Qué condiciones familiares, de infancia o estudios influyeron en los comienzos de su vida intelectual? ¿Recuerda un momento específico de "iniciación"?

Mis padres eran excelentes lectores. También mi abuelo materno que, habiendo sido militar, se encantaba con la gramática española. Crecí entre libros. La colección Austral estaba en mi casa y en especial los libros de la Generación del 98. Descubrí temprano a Ramón del Valle Inclán. Leyéndolo supe que la literatura era algo tan bello como la música, una fiesta verbal sin límites. Mi madre fue mi maestra de primer grado y tengo nítida su imagen enseñándonos a leer en *La Edad de Oro*, de José Martí, que para mí era y sigue siendo un libro sagrado.

Es emblemático el día en que compré *Resurrección*, de León Tolstoi, en una librería de libros viejos; tendría yo unos diez años. Salí con el libro, estrechándolo en los brazos como algo de valor incalculable. Aquí en Brasil me deparé con un cuento de Clarice Lispector, "Felicidad clandestina", referido a la pasión por la literatura, y que tiene por centro ese momento epifánico en que nuestro camino queda alumbrado. No me engañé, esa felicidad me acompaña.

¿Cuándo y dónde difundió sus obras por primera vez? ¿Qué temas considera que han sido constantes en su labor creativa?

Los primeros poemas y alguna crónica aparecieron en 1965 en la revista *Despertar Literario*, de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Las Villas. También colaboraba en su edición. A partir de 1968 edité la revista *Islas*, después de una pelea monumental del rector de turno con Samuel Feijóo. Mi vida profesional como editora, oficio del que nada sabía, estuvo muy vinculada a la revista. Allí no sólo publicaba, sino que también debía crear una propuesta editorial. En 1971 comencé a escribir sobre la narrativa de Félix Pita Rodríguez, quien me fascinó por su recepción tan original del surrealismo. Fui a visitarlo y él, poeta bohemio que no envejecía, me recibió con palabras premonitorias: "Vas a ser la crítica de mi obra y a prologar su edición de Letras Cubanas". Pensé que estaba delirando, pero su confianza fue la piedra de toque del trabajo por venir. Nació una amistad profunda. Con él, mis elecciones temáticas se hicieron conscientes: literatura contemporánea, de fecundos contactos interculturales y transculturación; artistas rebeldes e iconoclastas, dispuestos a transformaciones sin fin; poetas vivos con los cuales pudiera interactuar, camaleónicos y malabaristas, dominados por los demonios de la imaginación y la escritura. De alguna manera comenzaba un proceso lento, subterráneo, que me llevaría, un día, a la ficción.

¿Cuál es el proceso de preparación de una obra, las condiciones necesarias, los obstáculos mayores, los momentos definidos de su "rutina" creativa?

Pues depende bastante del género. Si es ensayo, años de pensar y descreer. Si poesía, un obstinado vivir, la autocontemplación amorosa e

implacable, el aprendizaje esforzado de las innumerables técnicas de fingir. Los obstáculos mayores son las conversaciones insulsas, las reuniones interminables, el mundo oficial.

Rutina creativa me suena a oxímoron imperdonable. Si lo defino como rutina, el ritual no funciona. Busco, sobre todo, un clima espiritual, un estado de ánimo leve y desasido. Si deseo formular una tesis o, al menos, conjeturar con algún sentido, tengo que identificar una polémica productiva, encontrar un ángulo que justifique el vuelo del pensamiento. Hace algunos años me prometí escribir sólo cuando tuviera urgencias profundas y placenteras. Si entro en la poesía, entonces quiero crearme y ser creída, pero a la vez inventar algo hermoso, no importa el asunto, y hacer mi propia huella. *¿Para qué público trabaja? ¿Cuál sería su público ideal? ¿En qué espacios ha difundido su obra? ¿Cómo han sido sus relaciones con el mercado?*

Mi trabajo como crítica de la literatura, con un poco de historia y teoría, parte del aula y en ella encuentra su espacio ideal. Me considero discípula de Santa Teresa, por tanto, confío en el coloquio bueno. También me declaro alumna herética de Jorge Luis Borges, así me jacto de los libros que he leído. Quiero decir que soy maestra y lectora. A eso aspiro con lo que escribo. Mis libros “serios” han sido una prolongación del ejercicio docente, si bien evitando el didactismo, espero. No quiero sentar cátedra, lo que me gusta es dialogar, pensar con los otros, polemizar, mover los razonamientos y, más que nada, despertar emociones. Me molesta sobremanera la postura académica jerárquica, incluyendo en ella algunas prácticas de la profesión e institución literaria (conferencias, tribunales, eventos y demás etcéteras). Al respecto, valen las excepciones, sobre todo pensando en aquellos encuentros fructíferos que los congresos favorecen, no pocas veces al margen de lo formal. En verdad, los discípulos son los que más me han enseñado. Y no es frase hecha, sino convicción. Por otra parte, los alumnos no tienen cómo huir de la autora de ciertos libros. Así me leen y surge el generoso intercambio.

En los textos poéticos, me dirijo a los *happy few* stendhalianos. Como los músicos de jazz, toco para músicos. Cada día converso más de poesía con poetas. A la par, me deslumbran esos lectores desconocidos y oscuros que

uno conoce por casualidad. En ellos hay una iluminación singular. Son aves raras que se muestran ocasionalmente y hacen posible ese milagro de la comunicación poética.

Las relaciones con el mercado pueden ser razonables en el caso de los libros teóricos. En la poesía, hay que prepararse para prácticamente financiar los poemarios y escribir por el placer y la urgencia que implica toda escritura verdadera.

¿Le interesa la opinión de la crítica? ¿Hay algunas que escuche con mayor interés? ¿Establecería algún vínculo entre calidad de la obra, atención de la crítica, difusión, éxito de público?

Sí, me interesa mucho pero, más que la crítica en abstracto, me interesa la opinión de críticos que respeto y admiro. En ese espejo trato de mirarme, puesto que también la ejerzo. Hace poco acompañé la escritura de un texto crítico de Jesús J. Barquet sobre *Las Otras (Antología mínima del Silencio)*. Él lee el libro de una manera culta, lúdica, alegre, como el crítico artista que es. Ilumina diversas zonas de la nacionalidad, la tradición poética y la persona. Razón y sensibilidad en juego. Es todo lo que una autora pudiera desear.

Me gusta que la crítica sea incisiva, honesta, creativa; que dé gusto leerla; que tenga brillo propio. Por otro lado, puede ser un mecanismo diabólico de complacencias mutuas y *marketing*, intereses creados y relativismo extremo, en nada o escasamente vinculada a la condición literaria. No por casualidad esas prácticas quedaron en escenas paradigmáticas de la *Comedia Humana*. Parecen debatirse entre el bien y el mal, pero aun así no he perdido las ilusiones.

¿En qué sentido estima que debe estar orientada su labor estética, cultural y social? ¿Qué intelectuales y obras aprecia, en ese sentido, como referentes?

Mis referentes son escritores como León Tolstoi, Thomas Mann, Borges y José Martí porque en sus obras encuentro una estética y práctica artística de gran aliento humano. Son literatos y pensadores. Su pensamiento, con el cual

podemos hasta discrepar, es estructurado con suma riqueza, se asienta en una tradición cultural de largo alcance y puede ser muy polémico, en vínculo esencial, no necesariamente ostensible, con el mundo de la vida. Porque, ¿cómo pensar la literatura fuera del mundo? Pero también, ¡cuántas versiones triviales y dogmáticas existen de esa relación, mediatizadas por intereses espurios! Tantas palabras han naufragado en ese seudocompromiso. Por ello me inclino a pensar que aún estamos recuperándonos de un costado traumático de nuestra experiencia histórica. Como dice Carlos Fuentes, con singular perspicacia: frente a la impaciencia política, la paciencia cultural. En eso creo. Confío en la capacidad regenerativa de nuestras culturas, en sus saberes orgánicos y no siempre nominables, en el relevo y la continuidad de la cultura cubana que tiene su propia dinámica. Me gustaría poder decir “soy una mujer sincera.”

¿Puede vivir usted de su obra? ¿Cómo ha podido sostenerse económicamente?

Ciertamente no, pero tampoco sin ella. Soy profesora universitaria.

¿Cómo gravita emocionalmente sobre usted el hecho de vivir fuera de Cuba? ¿Podría revelarnos algunos recuerdos y/o nostalgias tuyas que nos ayuden a imaginar cómo mira sentimentalmente hacia la Isla?

Siento que gravita de manera contradictoria, es decir, con unos aspectos favorables y otros conflictivos, sin solución a la vista. Tu pregunta acentúa el matiz emotivo y por eso resulta tan sugestiva. Sí, uno se queda sin peso por la ausencia de la tierra natal, de la matriz cultural, histórica, y por la dispersión de la familia, acaso el asunto más sensible. Pero soy de formación y gusto cosmopolitas. Puedo llevar la extranjería con agrado, asumo la alteridad. No cultivo la nostalgia, más bien la *saudade*. Ya sabemos que esa palabra no tiene traducción. Para mí supone una celebración hasta jubilosa de lo perdido, una conciencia plena de cuánto se ama y desea, una matizada melancolía, un juego inteligente con la distancia. Agradezco mi nacimiento cubano, por la temporalidad vivida, también por el salto. Mi país va conmigo, en mí, pero trato de mirar sin sentimentalismo. Me identifico con los modos multiformes de

asumir la identidad actuando en la contradicción, en movimiento hacia lo poético. Una búsqueda que no procura la persona empírica y puede ofrecer hasta una memoria inventada. En fin, estoy apasionada por el mundo, por Brasil y por este frío Sur tan cálidamente humano en que vivo.

¿Qué pudo haber quedado suprimido, transformado o erosionado de su sentido de identidad personal como cubano, por la distancia geográfica, el tiempo, las vicisitudes o la voluntad personal?

Mi identidad estaba ya erosionada en Cuba por un conjunto de factores personales que también van más allá de lo individual. Aun así, no me permito creer demasiado en la erosión de la identidad, más bien me inclino a ver lo identitario como algo en proceso, cambiante, que se afirma en el contrapunteo y la diferencia. Mi representación de la identidad, así como su vivencia, han experimentado momentos de mudanzas en las que se pierden y ganan sentidos. La distancia geográfica, acaso el problema menor, la disminuyo viajando cuando me es posible, pero más que nada me dedico a un trabajo paciente de rememoración ficcional.

Contracitando a Lino Novás Calvo, pudiera decir que en la Isla ya me he sentido medio extranjera y aquí, de alguna manera, aún lo soy. Tributos que debemos pagar a la modernidad descentrada. Por tanto, me reprogramo, aprendo a vivir en sociedades multiculturales, tanto Brasil, que es particularmente rico en amalgamas, como Canadá, de tan multiforme composición étnica y donde paso un tiempo cada año. Si algo aprendí es que se puede vivir cruzando fronteras. No hay un modelo único ni acabado de identidad. Entonces, vivo esta experiencia no como un drama de pérdida, sino como una travesía compleja y desafiante.

Cuando piensa y habla sobre Cuba, ¿cuáles son sus temas recurrentes, sus motivaciones, sus inquietudes fundamentales?

No hay como sustraerse a la gravitación sociopolítica. La historia de Cuba, el presente y porvenir, no lejano, es tema recurrente. Tampoco dejo de preguntarme sobre nuestro proceso cultural, genealogías, tendencias,

proyecciones, ahora que intento una visión comparativa más consistente. En verdad la distancia ayuda a la perspectiva. Sin embargo, todas esas marcas intelectuales, propias de la profesión y la ciudadanía, ceden ante el imperio de la memoria afectiva y sensorial. Los olores y el aire de mis ciudades, barrio, casa filial, que me faltan, aparecen como motivos dominantes, no importa si implícitos. Considerando que gran parte de mi manera de pensar la realidad viene de la literatura, las palabras del Indiano en *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier, cuando dice que regresa porque “es otro el aire que, al envolverme, me esculpe y me da forma”, resuenan como poderoso augurio.

Para su obra y vida intelectual, ¿cuáles han sido los provechos, contratiempos o sacrificios de haber salido de Cuba? ¿Cómo ha influido en su obra el hecho de que usted viva en otra comunidad cultural, intelectual y/o lingüística? ¿Esta situación ha estado en conflicto con la labor creativa o ha contribuido a enriquecerla?

Retomo el discurso del Indiano: “Es que mucho se aprende viajando”. En Cuba cerré una vida académica que hoy miro en sus aspectos positivos. Sin embargo, en Brasil encontré nuevas incitaciones para la enseñanza universitaria y la escritura, sobre todo artística. Para mí se abrieron nuevas vías de confrontación del trabajo científico y de publicación. También, y no en segundo lugar, renací. Vivir en este casi continente, inmersa en su lengua y cultura, ha sido un don. Y subrayaría real. En consecuencia, tengo que encarar frustraciones, conflictos, a veces de magnitud y complejidad asustadoras. Pero participando desde la pequeñez del quehacer y aporte personales, también aprendiendo a recibir y retribuir, abriéndome sin reservas historicistas de lo ya vivido a la vitalidad de un pueblo que, con todas las contradicciones de la modernidad tardía postcolonial, no sólo resiste, sino también actúa creativamente. Entonces, voy configurando nuevas formas de vida, pensamiento y creación, muy unidas a esos nuevos contextos.

Mi mayor preocupación es la lengua y, a la par, lo que me encanta y estimula. El vivir intensamente dentro de otra lengua, tan parecida y diferente, me permite reinventarme, descubrir disonancias y sincronías asombrosas; afina el oído y abre a un caudal tanto propio como ajeno. Mi imaginario se enriqueció

en contacto con la cultura y literatura brasileñas, con su magnífica tradición poética que me ha llevado a la portuguesa. Nunca había vivido tan total y plenamente una lengua y literatura desde adentro, lidiando con sus tramas y matices más delicados. En la ficción aparecieron nuevos asuntos, formas expresivas, redescubro lo mío y me deleito con otras músicas verbales y modos de ver el mundo. En eso estoy, me parece que es tarea de toda la vida, y más.

¿Cómo considera que la emigración y el exilio están presentes en su obra y en la de su generación?

Me atrevería a apuntar algunas diferencias, sin que esto presuponga una generalización o intento caracterizador. En textos de mis contemporáneos (nací en 1943) aún leo nostalgia, toques de idealización y esencialismo, una especie de ontología insular, no exclusiva de la diáspora. En algunos casos parece que la imagen de la Isla ha sido congelada. De aquí, en parte, el memorialismo confesionalista, notas de color local y cierto apego a formas más convencionales. Para mí, como para otros de la misma generación, pero con más nitidez en los que vienen después, la distancia ha funcionado con otras implicaciones. Me identifico con los tiempos cíclicos y no cerrados, con el espíritu en expansión volcado a los contactos interculturales y la transgresión. A la vez, busco expresar las formas de pertenencia a una cultura originaria de modo menos explícito. Creo que este tipo de estética en circulación desde el vanguardismo, diría mejor, desde ese momento fundacional modernista, está siendo retomado en nuevas circunstancias y muestra un variadísimo registro que trasciende el factor generacional, expresivo en las múltiples poéticas y los nuevos sentidos referenciales.

Confieso que he querido mucho escribir un libro sobre mi memoria de la Isla, pero no salía. Entonces comencé a imaginar poetisas de tiempos y espacios lejanos. Discípulas de Safo, pintoras italianas, monjas delirantes, putas ilustradas. De repente, casi tomándome por asalto, aparecieron las cubanas, todas erráticas y en la errancia. Acabé escribiendo *Las Otras*, un libro migrante. Parece, como dice Lucie Lequin, que es hora de apagar las velas del luto y soltar las del viaje.

¿Le llama la atención alguna migración o exilio, individual o colectivo, de otros ámbitos geográficos o momentos de la historia? ¿Medita sobre su situación personal o colectiva, como cubano, a través de las semejanzas y diferencias con esas otras experiencias?

Hace poco leí una sugestiva novela, *Aynadamar (La fuente de las lágrimas)*, de Emilio Ballesteros, sobre el inicio del éxodo musulmán a consecuencia de la mal llamada Reconquista y no sólo me llegaban los signos históricos epocales, sino que también leía mi historia. La teoría cultural canadiense actual está produciendo un discurso sobre literaturas migrantes, en particular la escrita por mujeres, que me ha abierto a otra percepción, más matizada y relativa. También en Canadá he tenido bastante contacto con latinoamericanos emigrados. Sorprende la cercanía de experiencias, aunque me llama la atención el sentido más dramático del proceso de adaptación e integración. Creo, y no pretendo otra metafísica insular, que hemos sido muy dados al mundo, preservando nuestras marcas. Destierros políticos fecundantes, viajes intelectuales y espirituales de todo tipo, contactos de tercer grado con otras culturas son parte de la trayectoria cultural cubana, tal vez ya marcada históricamente por el punto de tránsito que fuimos desde la Conquista. Este verano en Montreal me encontré con cinco amigos de la adolescencia que tomaron el camino del exilio en los tempranos años sesenta y nunca había vuelto a ver. Las divergencias no eran pequeñas, pero a la vez había un sustrato cultural en el sentido más amplio, que también incluye lo afectivo, milagrosamente preservado. Eso hizo posible la comunicación y nos permitió recuperar los rituales de la amistad profunda y proyectarla a nuestros futuros.

Intentando alguna coherencia a partir de estas impresiones inconexas y con la perspectiva de mi vida en Brasil que llega a los diez años, siento que migración, exilio y diáspora, cada una con sus contenidos específicos, son un hecho universal. Esas teorías de excepcionalidad cubana, destino manifiesto, teleologías y mesianismos de diverso cuño, me parecen estrategias de compensación ilusionistas, si bien cada cultura en movimiento excéntrico tiene

sus repertorios, prácticas, imaginarios. Somos una gota, y no por eso menos importante, en ese océano migrante del mundo contemporáneo.

¿El exilio le ha hecho sentir, de alguna manera específica, una mayor pertenencia, vínculo o identidad con determinado grupo o comunidad, como puede ser, por ejemplo, la latina en los Estados Unidos o Europa?

Si algo pudiera decir al respecto, ya fue apuntado. Sin embargo, me gustaría añadir que es con las poetas cubanas que residen fuera del país con quienes he establecido un nexo más productivo. Del mismo modo resulta con el mundo académico brasileño y del Sur *gaúcho*. Si algo admiro es la cordialidad, el respeto que habitualmente impera en los encuentros científicos, ejercicios de oposición, tribunales de doctorado y maestría. Sin que esto implique una crítica resentida, determinados círculos universitarios cubanos de adentro, vinculados a la literatura, no sólo capitalinos prepotentes, sino también provincianos y una parte influyente del mundo editorial, han sido bastante autoritarios y exclusivistas, en mi experiencia personal. Y de nuevo recorro al tópico de las excepciones. Imposible dejar de pensar en aquellas figuras de auténtico relieve intelectual y artístico que están de forma más perdurable, aunque a veces menos impactante, en la institución literaria cubana y cuya influencia benéfica a menudo equilibró la balanza.

¿Cómo se mantiene al tanto de la labor intelectual de cubanos radicados fuera de Cuba y qué escritores y obras le interesan especialmente? ¿A partir de qué aspectos podríamos considerar dicho grupo como una comunidad?

Encuentros, proyectos, publicaciones, revistas, libros, Internet y todo tipo de contactos. Y siempre la lectura reflexiva unida, cuando es posible, al diálogo en vivo. Me intereso por la crítica, pero más que nada por la praxis creativa y la poesía. El tiempo me ha hecho cada vez más selectiva. No porque sepa más, sino porque tengo menos y las elecciones son determinantes.

Actualmente escribo sobre discurso poético femenino cubano y brasileño, a la par que converso con las autoras y comparto lecturas. He escrito

más extensamente sobre Carlota Caulfield, Juana Rosa Pita y Alina Galliano. Si en *Las Otras. Antología mínima del Silencio* inventé una pequeña muestra de poetas cubanas diaspóricas, he dedicado estos últimos años a autoras muy reales. Así resultó un nuevo libro, *Poesía insular de signo Infinito. Una lectura de poetas cubanas de la diáspora* en el que, por otro camino, también busco un autoesclarecimiento en relación a la condición migrante. Todo este quehacer, en el que se cruzan realidad y ficción, me mantiene en un flujo de comunicación grato.

Podría pensar, por tanto, en una comunidad espiritual, de creación sensible y advertida. Esa comunidad, la que identifico y a la que creo pertenecer, se engarza en otra de significados más amplios y abarcadores que tiene que ver con la historia y cultura comunes, ciertamente marcada por diferencias que tendremos que aprender a reconocer e interpretar de manera creadora. Y ahí estamos. Entre orígenes y mundo, en un rico intervalo donde son posibles experiencias muy intensas interculturales.

¿Cómo se informa sobre la vida cultural en la Isla, su situación, publicaciones y movimientos? ¿Cómo es su comunicación con la comunidad intelectual asentada en Cuba y las instituciones culturales?

Mantengo un vínculo continuo con los amigos escritores. Leo bastante de lo que se produce, me atrae la visión desde la Isla sobre la diáspora. En mis trabajos sobre poesía femenina, Dulce María Loynaz y Carilda Oliver Labra han sido referencias centrales. Para un *Diccionario de mitos literarios de las Américas*, acabo de escribir un texto sobre la utopía de Nuestra América y mis fuentes críticas fueron mayormente insulares. Pertenezco a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

¿Qué escritores cubanos, del pasado y del presente, suele leer? ¿Qué tradición literaria le interesa?

Respiro literatura cubana. Imparto clases de Literatura Hispanoamericana, un curso especializado de Modernismo y disciplinas de postgrado referidas a narrativa contemporánea y a hermenéutica literaria.

¿Acaso debo decir que mis textos principales son cubanos? Así continuó leyendo de manera entrañable a José María Heredia, Alejo Carpentier y Martí. Llevarlos a los alumnos es una tarea hermosa, que me permite tender lazos y redescubrirlos en cada lectura. La poesía y ensayística de José Lezama Lima, por momentos, domina. Lo leo en fragmentos, a veces sólo un verso o una imagen, de manera oracular. La forma en que la cultura matriz existe en sus textos ha sido para mí un eje de sustentación vital. También, a las mujeres poetas: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana Borrero, Fina García Marruz, Carlota Caulfield, Odette Alonso, Maya Islas, Juana Rosa Pita e Ileana Álvarez, tan diferentes entre sí, las leo con indecible placer.

Si todo esto lo relacionara, tal vez, pudiera apuntar hacia una tradición que, moviéndose en la diversidad, despliega sus semejanzas, aunque no me gustaría atraparla en un concepto cerrado. Con Dulce María Loynaz, imagino la isla formando el signo del infinito.

Diversos intelectuales opinan que la cultura cubana es una sola, generada por quienes están dentro o fuera de la Isla. ¿Cuál es su opinión al respecto? Si usted considera que es una sola, ¿en qué aspectos opina que se establece esa unidad y sus diferencias?

Sí, realmente comparto la idea de la cultura cubana como una sola y así aparece en mi trabajo crítico, pero atenta a los diversos espacios socioculturales de enunciación y a la poética heterotópica que se ha desarrollado en condiciones de exilio y emigración, pues esto último me motiva poderosamente. Considero crucial la comprensión de los diversos cánones y no de un canon hegemónico en permanente tensión entre la Isla y su diáspora. Lejos del apagamiento de las señales identificadoras, enfatizaría la importancia de reformular las nuevas identidades que caracterizan a la nacionalidad cubana posterior a 1959 y que, no sólo desde el territorio insular, se vienen historiando, criticando y teorizando, también a partir de un corpus transterritorial. Y es evidente que cuando hablo de identidad no me estoy refiriendo a programas sociopolíticos encubiertos con razones a duras penas estéticas o de política cultural.

Los que circulamos en el mundo de los terceros países de la imaginación simbólica y el pensamiento crítico, sabemos que no podemos atar el sentido de cultura y literatura nacional a una demarcación sociopolítica y geográfica, aun reconociendo su significado. El signo de lo nacional no puede ser concebido como un espacio sacralizado, monológico o monolítico. Resulta fundamental reconocernos en el seno de aquellos procesos dinámicos, con criterios históricos de vasto alcance, asumiéndonos en los descentramientos y disyunciones de los imaginarios que nos constituyen.

Todo ello ratifica la necesidad de pensarnos en la experiencia histórica diferenciada, percibiéndonos en nuestros contextos específicos y variables, en los significados por descubrir y crear. Así, la “Historia de la literatura” y la idea de “literatura cubana” que supone, asunto por el que me intereso, deberían actuar de manera destructiva frente a metafísicas teleológicas de nación y nacionalidad, con criterios de exclusión. Pero, sobre todo, tenemos que desarrollar teorías de más amplio espectro, expresivas de los cruces de frontera y el intercambio para formular a los textos y procesos las nuevas preguntas que nuestro tiempo genera, indagando, más que en unidades, en afinidades y contigüidades. En consecuencia, los estudios de la cultura espiritual cubana tendrán que abrirse de forma aún más desprejuiciada a la pluralidad y heterogeneidad desde las “variadas orillas”.

¿Cree que los intelectuales cubanos establecidos fuera de la Isla pueden hacer o deben plantearse alguna contribución para el desarrollo actual y futuro del país? ¿Cree que los que están dentro de la Isla pueden o deben hacer algo específicamente en ese sentido?

A mi manera de ver, esa contribución ya existe, es activa en ambos casos. Lo que sí no creo es que alguien esté investido de autoridad para decir lo que deben o pueden hacer los intelectuales y artistas. La cultura es un organismo vivo y actuante; de otra forma negaría su ser, dejaría de funcionar creativamente. Así, de modo casi natural se tienden puentes y se ejerce la función crítica, por mencionar dos de las contribuciones más importantes. La literatura tiene su propio ámbito de realización y acción. Influye, participa,

contribuye, crea en la medida en que es artística, literaria. Y aquí vale la tautología.

¿Tiene el propósito de establecerse permanentemente en Cuba en algún momento? ¿En qué circunstancias?

Durante años estudié la obra de Félix Pita Rodríguez. Me conquistó su sentido provisional de la existencia. De manera permanente no tengo el propósito de establecerme en ningún lugar. Citando al amado Netzahualcóyotl: “No para siempre en la tierra / sólo un poco aquí.” Por otro lado, no he dejado de vivir en Cuba, al menos en la imago. (2008)

^[1] Armando Chávez Rivera: *Cuba per se. Cartas de la diáspora*. Cincuenta escritores cubanos responden sobre su vida fuera de la Isla. Miami: Universal, 2009.